



El palacio de Mon es una impresionante edificación pero que está muy deteriorada. El ex ministro Fernández de la Mora dijo que sólo restaurar el tejado le costaba «más de lo que gané en mi vida»



María Martínez es la más veterana de todas las moradoras en torno al palacio. Ella atesora historias de entonces

San Martín de Oscos,
Jorge JARDON

La colosal construcción, que intentó comprar el ex ministro Fernández de la Mora, está hoy habitada por un jornalero, que se encierra muchas veces en su interior y que no deja entrar a nadie

El palacio de Mon, cuna del ilustre apellido de los Mon, en pleno corazón de los Oscos, aunque deteriorado por el abandono de muchos años, sigue siendo una de las poquísimas piezas arquitectónicas de interés en el Occidente asturiano. El palacio de Mon fue construido por Arias Mon y Velarde en el siglo XVIII en torno a la torre medieval de los Mon, de la que aún existen restos en el interior del palacio, entre dos caprichosos patios austrosamente porticados.

Paco, un hombre extraño y de carácter difícil en opinión de los vecinos, es en la actualidad el propietario y único morador de la impresionante casona. Hablar sobre los avatares del palacio con Paco resulta poco menos que imposible. Según nos explican, este extraño inquilino trabaja como jornalero en algunos caseríos del entorno y de ahí que pasen algunos días sin que vuelva a casa. Pero cuando está en el pueblo tampoco es nada fácil dar con Paco, porque se encierra en casa y, en ocasiones, no abre la puerta ni tan siquiera a algunos parientes que vienen a visitarle. El deterioro de la monumental casona salta a la vista y es fácil suponer que si no fuera por la nobleza de sus piedras y por la sólida construcción, el edificio estaría en los suelos.

Romanticismo y melancolía

Según nos comentaba un familiar de los anteriores propietarios «dos patios de armas están plantados de berzas y la leña y la casca se encuentra amontonada en cualquier rincón de la casa». Sólo el interés de Gonzalo Fernández de la Mora y Mon, descendiente del palacio de San Martín de Oscos, hubiese salvado del desastre la noble casa, ya que siendo ministro de Obras Públicas, Fernández de la Mora intentó comprar toda la propiedad de los Mon, y aunque el precio resultaba interesante, el desembolso para la restauración le pareció excesivo. Como nos decía el propio ex ministro en conversación telefónica «pedí un presupuesto y solamente techar la casa de nuevo me costaba más de lo que llevo ganado en mi vida».

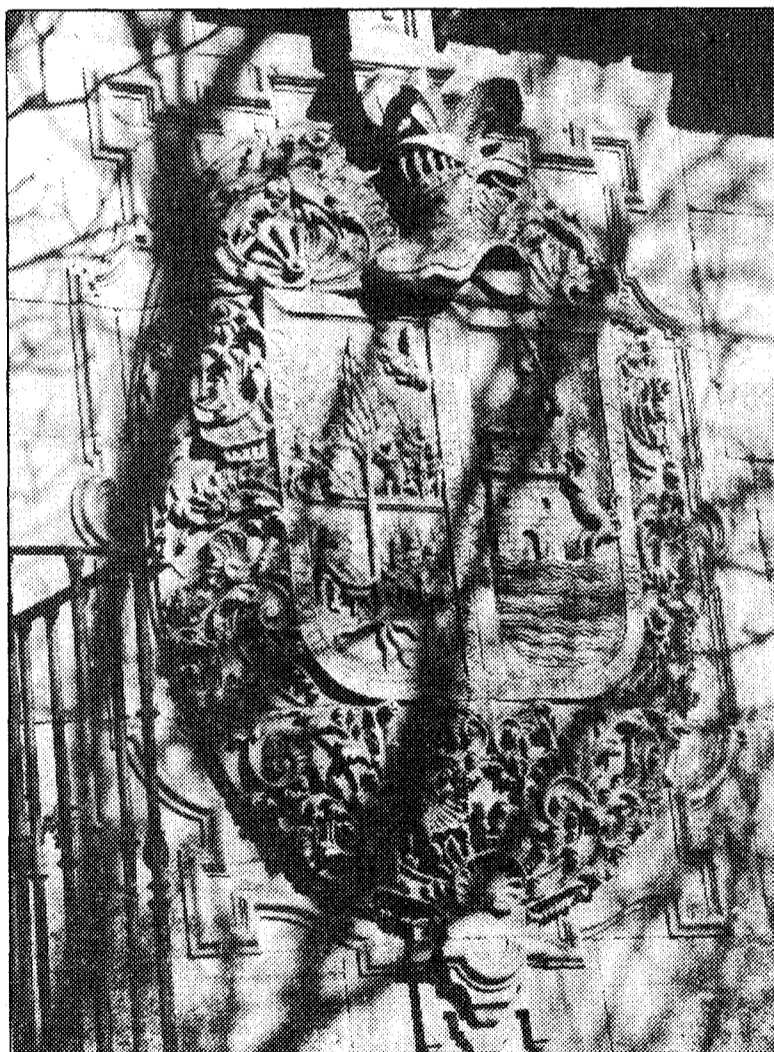
Llegar hasta el lugar de Mon, un rincón escondido e ignorado por casi todos, no resulta nada

fácil, salvo que uno pregunte en San Martín de Oscos. Desde el mismo centro del pueblo arranca una carretera sin señalizar que se bifurca unos tres kilómetros más allá hacia la izquierda, a través de un camino empedrado, que nos lleva directamente a la puerta misma de la capilla exterior del palacio. A medida que vamos descendiendo, el empedrado, la humedad, la vegetación y el ambiente todo que se respira ya hacen suponer que nos vamos a encontrar con un paraje totalmente romántico y cargado de melancolía, evocador de algunas de las páginas más sensuales de la Pardo Bazán.

Ya en Mon, y con el río Aio, en tiempos lejanos impulsor de mazos, y que hace de límite natural de aquel paraje, junto al palacio, destacan doce rústicas casas, de oscura piedra, fachadas con solana de pizarra y escaleras exteriores. Este grupo de casas, que antiguamente eran dependencias del palacio, hoy están habitadas por unos pocos vecinos. María Martínez, la más veterana de esta mínima comunidad, nos comenta que a ella no le han tocado los años de esplendor del palacio y que siempre lo conoció más o menos igual, pero nos dice con cierta ingenuidad que oyó decir a sus antepasados que «tras esas paredes vivía la segunda persona del rey».

Puesto que el acceso al interior del palacio no es posible, basta un recorrido exterior para darnos cuenta de la grandiosidad de la edificación y la sorpresa que supone un palacio así en un lugar tan oculto. Dentro de la sobriedad de este inmenso cuadrilátero, destaca sobremodera la fachada principal del mismo. La constituyen 30 metros de arenisca labrada y de abujardado granito, flanqueada por dos torreones con gárgolas de cañón. Sobresalen en la misma cinco balcones de forja y, bajo el central, un portón sobre el que se alzan dos escudos primorosamente labrados en piedra. En uno de ellos se encuentran pareados los escudos de Valledor y el de Ibias: «el solar del Valledor es antiguo y de gran valor. Cavalleros de este apellido no lo pongáis en olvido»

San Martín de Oscos: Misterios del palacio de Mon



Los escudos están impresionantemente labrados en la piedra. Este es uno de ellos

y con él «Yvias, Yvias, Dios me ayude». El otro gran escudo lleva, asimismo unidas, las leyendas del mayorazgo de Mon y de los Velarde: «estas armas y blasón son de la casa de Mon. Como fuerte las gané y así las defenderé» y «Velarde, el que la sierpe mató con la infanta se casó». Aunque nadie ha sido capaz de dar una referencia clara a estas inscripciones heráldicas, lo cierto es que existe una creencia popular entre los vecinos que, por su valor anecdótico, recogemos. Según contaba uno de ellos, allí estuvo confinada un tiempo una hija natural de «un rey antiguo llamado Felipe» cuando iba desterrada por su padre hacia Portugal. Parece ser que esta infanta estaba atormentada por una serpiente enorme que vivía en las cuevas del Reselao, grieta que se divisa perfectamente desde Mon, y como el rey estaba deseando

deshacerse de esa hija la prometió en matrimonio a quien mataba la serpiente, hazaña ésta que tuvo como protagonista al tal Velarde.

Una saga ilustre

Aunque existe constancia de que los Mon fueron gente de armas en los siglos heroicos y luego letrados ilustres, no se conocen detalles precisos sobre su existencia en la zona de los Oscos hasta el siglo XVIII. Aparecen algunas citas del siglo XVI sobre los problemas que el abad de Villanueva de Oscos, Miguel de Buendía, mantenía con los hidalgos de Mon «por sus altiveces y presunciones». Se sabe, también, que los Mon tenían, y aún se conservan, dos privilegiadas sepulturas en la iglesia de San Martín y que, en cierta ocasión, un Mon pleiteó fuertemente hasta conseguir la razón

contra el párroco de San Martín, porque se oponía a dar sepultura en la iglesia un hijo natural de los Mon alegando que el privilegio era exclusivo de los descendientes legítimos.

Es ya en el siglo XVIII, en torno al actual palacio, cuando aparece toda una generación ilustre, que habrían de destacar a nivel nacional. Así, Antonio Francisco de Mon, que en 1762 era escribano real. Arias Mon y Velarde, decano, gobernador y presidente del Consejo de Castilla. Se da la circunstancia de que a Arias Mon le correspondió presidir la Junta extraordinaria de Justicia reunida en El Escorial a instancias de Carlos IV, María Luisa y Godoy para eliminar a los cómplices de su hijo el Príncipe de Asturias, el futuro Fernando VII. Arias Mon falleció en un hospital de París en 1810 después de tres años de cautiverio. Dos años más tarde, por decreto de las Cortes de Cádiz de 13 de enero de 1812, fue declarado «benemérito de la Patria». José Mon y Velarde, conde del Pinar, severo y justo magistrado, consejero de Castilla y perseguido en Oviedo, en donde estuvo condenado a muerte, teniéndole por afrancesado. Fue muy considerado por Fernando VII en la reacción de 1814. Juan Mon y Velarde, también de brillante carrera y consejero de India. Romualdo Mon y Velarde, doctoral de Córdoba, arzobispo de Tarragona en 1803, en donde levantó el nuevo palacio archidiocesano, el colegio-seminario y la casa de Loreto. En 1816 pasó a ser arzobispo de Sevilla, falleciendo en esta ciudad con gran renombre de virtud, ciencia y gobierno. También del palacio de Mon descendió Alejandro Mon Menéndez, el gran hacendista español y el mejor ministro de Isabel II. Como su padre Miguel de Mon y de Miranda se casó contra la voluntad de su padre, lo que hizo que fuera desheredado en testamento. Es fácil que el célebre ministro no haya tenido ya una relación muy directa con el palacio de Mon.

Vendido en 50.000 pesetas

Dolores Vázquez, que fue la última propietaria antes de vender la propiedad a los caseros, confiesa que ella jamás vivió en Mon y que apenas llegó a conocer el palacio. Según nos dice, solamente recuerda las dos capillas, la exterior y la que estaba en el interior de la casa, el patio de armas y otro patio más en el que había una higuera. Cuenta Dolores Vázquez, con cierta nostalgia, que quedó huérfana muy pequeña, y que todo eso estuvo en manos del consejo de familia. De ahí, dice, que cuando estuvo en condiciones de hacerse cargo del palacio éste ya se encontraba expoliado. Esta circunstancia y el poco interés que tenía para ella estas propiedades la llevó a vendérselo todo a los caseros, a un precio que no alcanzó las 50.000 pesetas. Aunque en un principio Dolores Vázquez se reservó la propiedad sobre los escudos y no se desprendió de la capilla, al cabo de un tiempo acabó deshaciéndose también de estos recuerdos. Los escudos de piedra quedaron para los caseros por menos de 10.000 pesetas y el retablo y las imágenes, después de tenerlas algunos años en un desván de Vegadeo, acabó vendiéndoselas a un anticuario. La colosal campana pasó para la iglesia de Bustapeña.

Y esta es a grandes rasgos un poco la historia de este palacio de Mon, en un lugar tan escondido y cuya existencia casi todo el mundo ignora, siendo un desconocido incluso para muchos de los que habitan en las proximidades.